

DÍAS DE PERROS Y POESÍA (ALGUNAS NOTAS A UNOS TEXTOS)

Antonio CHICHARRO

Universidad de Granada

achichar@ugr.es

Justificación

La presencia del motivo del perro en textos poéticos no sólo es abundante sino que la misma resulta cualitativa. Por eso y como se comprende, renuncio desde el principio a cualquier pretensión de exhaustividad ni siquiera en el marco de nuestra lengua y en el de la poesía contemporánea y, aun más, coetánea, máxime cuando contamos con libros como el titulado *Vida de perros. Poemas perrunos* (Marín, 2007), en el que se recogen más de cien textos de poetas españoles actuales a este respecto. Por lo tanto, si se ha hecho esta antología y no paran de ofrecérsenos títulos en los que este animal, tan estrechamente ligado a la evolución y cultura de los seres humanos, alcanza a estar presente en los mismos con distinto grado de profundidad y significación, habré de limitar el dominio específico de mi interés a la mostración de unos cuantos poemas tan solo.

Unas miradas

En todo caso, insisto, el perro es algo más que un animal doméstico que lleva miles de años al lado de los seres humanos y algo más que un emblema de fidelidad, tal como escribe Juan Eduardo Cirlot en su *Diccionario de símbolos* y adelanta Cervantes, en 1613, en *El coloquio de los perros*: el perro es un espejo donde nos miramos y simbolizamos y no pocas veces resulta un doblez nuestro, con toda la grandeza y miseria que puedan guardar esas miradas y esos dobleces. No hay más que leer, a propósito de las miradas, los cinco primeros versos del poema «A mi perro (1)», de Vicente Aleixandre (1965), que se cierra con el verso «vi, no sé, algo como unos ojos mirericordes», para darse cuenta de ello:

Oh, sí, lo sé, buen “Sirio”, cuando me miras con tus grandes ojos profundos.
Yo bajo a donde tú estás, o asciendo a donde tú estás
y en tu reino me mezclo contigo, buen “Sirio”, buen perro mío, y me salvo contigo.
Aquí en tu reino de serenidad y silencio, donde la voz humana nunca se oye,
converso en el oscurecer y entro profundamente en tu mediodía.

O estos otros versos de «A mi perro *Yeltsin* » de Jenaro Talens (2006: 127):

Tus grandes ojos me interrogan, son
como los míos, vagamente humanos,
me devuelven el gesto
de una mirada cómplice,
y no hay ya
muerte, ni angustia, ni dolor, tan sólo
el puro discurrir de la mañana.

Sin que olvidemos, claro está, los de Miguel de Unamuno que pertenecen a «Elegía en la muerte de un perro» (Unamuno, 1907) en donde, una vez más y como no podría ser de otro modo en el autor del libro *Del sentimiento trágico de la vida*, el poeta vasco se ocupa del tema de la muerte en general a partir de la de su perro y cifra en la mirada del animal la duda permanente que siempre le atormentó:

¡También tu dios se morirá algún día!
Moriste con tus ojos
en mis ojos clavados,
tal vez buscando en éstos el misterio
que te envolvía.
Y tus pupilas tristes
a espiar avezadas mis deseos,
preguntar parecían:
¿Adónde vamos, mi amo?
¿Adónde vamos?

Pues bien, espero hacerme entender cuando digo que he querido para la presente ocasión aprovechar la oportunidad de, rastreando en algunos textos poéticos —el género literario al que me voy a limitar por su alta densidad semántica—, comprobar cómo es la presencia del perro en el discurso de algunos poemas y a qué apunta su sentido y significación de manera más concreta o dicho de otra manera: ¿por qué no pocos poetas usan la figura del perro cuando tratan de asuntos de tanta trascendencia como el sentido de la vida más auténtica, la amistad más pura, la soledad, la desolación o la muerte, el gran tema de toda literatura si es que hacemos nuestro el conocido verso de Antonio Machado «Se canta lo que se pierde»? ¿Supone una contradicción acudir a un animal como éste, un peldaño por debajo de nosotros en la escala evolutiva, para tan altos propósitos poéticos o acaso, como algunos textos corroboran, resulta este uso estéticamente eficaz? Como se comprende, estas preguntas tienen un estatuto retórico. Las respuestas quedan dadas de alguna manera. Espero que la lectura de los poemas que recojo a continuación las confirmen.

Una frase hecha

Pero antes de continuar, debo hacer una aclaración inicial más sobre el sentido del título puesto a estas páginas, un título para el que he utilizado una frase hecha de nuestra lengua, esto es, una unidad fraseológica bien expresiva, ‘Día de perros’, un esquema de pensamiento compartido que facilita el entendimiento en situaciones de comunicación conversacionales, sabiendo, claro está, que un título así no es nada conversacional. Todo lo contrario. Si lo he puesto de esta manera es para cifrar no sólo el

asunto del escrito —la selectiva presencia de la figura del perro en poesía—, sino muy especialmente para llamar la atención sobre el modo en que esa presencia poética tiene lugar. Lo voy a aclarar yendo al Diccionario de la Lengua Española. Pues bien, en su XXIIIª edición ofrece las siguientes acepciones de la palabra ‘perro’:

1. m. Mamífero doméstico de la familia de los Cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas. Tiene olfato muy fino y es inteligente y muy leal al hombre.
2. m. U. por las gentes de ciertas religiones para referirse a las de otras por afrenta y desprecio.
3. m. Persona despreciable.
4. m. Mal o daño que se ocasiona a alguien al engañarle en un acuerdo o pacto.

Estas acepciones dan una idea cabal del sentido positivo y negativo que en la cultura que atesora nuestra lengua, de la que el DEL es una especie de acta notarial, tiene esta palabra. De un lado, se define y valora a este animal doméstico por su inteligencia y lealtad al ser humano y, de otro, constituye un referente de mala persona o persona despreciable e incluso viene a significar el daño mismo que se puede ocasionar. Es más, si echamos mano de otros modismos o frases hechas en español donde aparece esta palabra, veremos que en todos los ejemplos tomados, se suscita una significación casi siempre negativa. Así, ‘A otro perro con ese hueso’, ‘A perro flaco, todo le son pulgas’, ‘Atar los perros con longaniza’, ‘Como el perro y el gato’, ‘Dar perro muerto’, ‘Día de perros’, ‘Echarle a uno los perros’, ‘Hinchar el perro’, ‘Humor de perros’, ‘Los mismos perros con distinto collares’, ‘Morir como un perro’, ‘Noche de perros’, ‘Ser como el perro del hortelano’ y ‘Tratarlo como un perro’

Algunos usos

Queda claro que vengo hablando de la presencia de los perros en algunos poemas, pero me falta aclarar sobre todo cómo es esta presencia, cómo y en qué consiste su uso por parte de los poetas para construir una específica significación y simbolización que, como se intuye, no siempre se revela positiva. Por ejemplo, Federico García Lorca usa la imagen del perro para simbolizar su estado de dependencia de la persona amada y el miedo a su pérdida como se lee en este espléndido poema de sus *Sonetos del amor oscuro*, los que escribiera muy poco tiempo antes de ser asesinado y se conocieran en edición póstuma:

Tengo miedo a perder la maravilla
de tus ojos de estatua, y el acento
que de noche me pone en la mejilla
la solitaria rosa de tu aliento.

Tengo pena de ser en esta orilla
tronco sin ramas; y lo que más siento
es no tener la flor, pulpa o arcilla,
para el gusano de mi sufrimiento.

Si tú eres el tesoro oculto mío,
si eres mi cruz y mi dolor mojado,
si soy el perro de tu señorío,

no me dejes perder lo que he ganado

y decora las aguas de tu río
con hojas de mi otoño enajenado.

Y en «Página con perro», del leonés Juan Carlos Mestre, el poeta adensa la doble significación básica a que me refiero cuando contrapone con plena conciencia y eficacia poéticas una y otra visión y uno y otro usos culturales de la palabra ‘perro’ como en el siguiente fragmento del poema:

Me llamaron judío,
perro judío,
comunista judío hijo de perro.
Este no es un asunto que se pueda solucionar con tres palabras,
porque para cada uno de nosotros
esas palabras tampoco significan lo mismo.
Yo he tenido un perro,
he hablado con él,
le he dado comida.
Para alguien que ha tenido un perro
la palabra perro es fiel como la palabra amigo,
hermosa como la palabra estrella,
necesaria como la palabra martillo.

E incluso, como ocurre en el poema XV del libro *Síntomas de la devastación* de María Rosal, se acude a la imagen de sumisión del perro y de otros animales domésticos, en una cadena de calculados símiles, para simbolizar la paradójica sumisión y domesticidad humanas, un síntoma según la poeta de la devastación moral de nuestro tiempo:

Con la orfandad del perro
aguardando en la puerta de servicio,
que agacha la cerviz al puntapié,
paladea las sobras y agradece
con gestos excesivos,

como pájaro enjaulado celebrando el alpiste,

como gallo capón picoteando mierda
y engordando para el sacrificio.
Como el gato anciano y medio ciego
suplicando un lugar en la lumbre...

Somos al fin y al cabo animales domésticos,
marionetas insomnes
en el contenedor de la basura,

residuos orgánicos de difícil
clasificación.

Cabe también reconocer un uso negativo inverso —en tanto que con esta palabra trata de nombrarse lo peor de la conciencia humana— en poemarios como el de Manuel García abiertamente titulado *Poemas para perros*, de 2007, un libro que es duro, como señala un paratexto editorial, con el que Manuel García apunta líricamente a la conciencia del lector al abordar «temas de honda preocupación social» y cuya tercera parte, la que presta su título al libro todo,

[...] está llena de poemas de denuncia social destinados a reflexionar sobre asuntos de actualidad candente como la mendicidad, la enfermedad, la prostitución o el abandono social al que conduce una sociedad dominada por las máquinas y la tecnología, detrás de las cuales no siempre está el hombre. Los poemas, breves e intensos, hieren la conciencia del lector, motivan su lástima, su odio o su reflexión, pero nunca su indiferencia.

El libro comienza así:

Me vas a perdonar que te vomite
versos, que ladre versos como perro
en la noche sin dueño

Si he titulado, pues, estas páginas con la frase hecha que comento, es porque quiero mostrar sobre todo algunos poemas que han venido a escribirse en días de perros, esto es, en días de soledad y desolación e incluso en días de muerte. Conozcamos algunos de estos textos.

«Solo» y «A Pizca», de Dámaso Alonso

Dámaso Alonso publicó en el mismo año, 1944, y con diferencia de pocos meses dos libros que guardan mucha relación entre sí. Se trata de *Oscura noticia* y de *Hijos de la ira*. Como es de todos conocido, este último será el que se gane la atención lectora en detrimento del primero citado, pero podemos afirmar que ambos, al menos en lo que concierne a los dieciséis primeros poemas del libro recopilatorio que es *Oscura noticia*, son consecuencia de una misma situación personal y social lamentable. La situación a que me refiero proviene, como se estará pensando, de la inmediata experiencia de dos guerras, una vivida y otra viviéndose por entonces, como fueron la guerra civil española y la segunda guerra mundial. Por eso, no extraña que dijera que escribía lleno de asco ante la estéril injusticia del mundo y la total desilusión de ser hombre procurando para su poesía un camino hacia la rehumanización de hondas consecuencias en su tiempo por cuanto estos libros roturaron dicho camino en la inmediata posguerra española. A partir de aquí se desarrollaría la poesía propia del humanismo existencialista e incluso, en un paso más hacia los otros, la poesía social y política de los años cincuenta.

Aquí alcanza su sentido, como se verá en la lectura de los dos poemas, los bellos y expresamente comunicativos zarpazos de su poesía, a los que el poeta se refirió con las siguientes palabras: «[Me interesa] expresar con mi dolor o con mi esperanza el anhelo o la angustia del eterno corazón del hombre. Llegar a él según las sazones, por caminos de belleza a zarpazos». También podemos explicarnos a partir de esta posición poética su técnica creadora y ciertos fundamentales rasgos de la misma, de tan gran trascendencia posterior: la presencia de la realidad inmediata en la intuición inicial del poema, el vocabulario real y libre de la preocupación esteticista y la versificación ajustada a las necesidades de una expresión natural. Pues bien, esta atención poética a lo humano habría de conducir a Dámaso Alonso a plantearse el conflicto entre realidad e ideal soñado, entre lo común y lo elevado, entre lo abstracto y lo concreto. A partir de aquí, podremos comprender el sentido interno de los poemas cuando tratan de la muerte y de la nada, de la angustia y del silencio de Dios. En «Solo», como

digo, de *Oscura noticia*, por ejemplo, sobre la base de una continuada comparación con la vida de un perro errabundo y sin amo, el poeta muestra su terror por su soledad y pide la caricia de la divinidad aunque sea destructora. Leamos el poema:

Como perro sin amo, que no tiene
huella ni olfato, y yerra
por los caminos...

ANTONIO MACHADO

Hiéreme. Sienta
mi carne tu caricia destructora.

Desde la entraña se eleva mi grito,
y no me respondías. Soledad
absoluta. Solo. Solo.
Sí, yo he visto estos canes errabundos,
allá en las cercas últimas,
jadeantes huir a prima noche,
y esquivar las cabañas
y el sonoro redil, donde mastines
más dichosos, no ignoran
ni el duro pan ni el palo del pastor.

Pero ellos huyen,
hozando por las secas torrenteras,
venteando luceros, y si buscan
junto a un tocón del quejigal yacija,
pronto otra vez se yerguen:
se yerguen y avizoran la hondonada
de las sombras, y huyen
bajo la indiferencia de los astros,
entre los cierzos finos.

Oh, sí, yo tengo miedo
a la absoluta soledad.
Miedo a tu soledad. Sienta tu garra,
tu beso de furor. Lo necesito
como un perro el castigo de su amo.
Mira:
soy hombre y estoy solo.

En el poema «A Pizca», de *Hijos de la ira*, que toma el nombre de un perro que tuvo Dámaso Alonso, el poeta se plantea el sentido de la existencia y, es obvio, el de la misma muerte en un supuesto diálogo —un monólogo en realidad— que mantiene esta voz poética con su perro y en el que contrapone la naturaleza distinta del terror que ambos sienten: uno hacia algo más concreto y el otro, el hombre a secas, el terror al vacío y a la idea de la propia muerte como una caída a las sombras de un pozo sin fin. Son los años, hay que decirlo, del existencialismo en el que la reflexión sobre la existencia y la muerte alcanzan su más alto protagonismo filosófico y también artístico. Son los años en que se proclama que la esencia es la existencia donde confluyen principio y fin y la muerte el acto supremo de la vida. Leamos el texto:

A PIZCA

Bestia que lloras a mi lado, dime:
¿Qué dios hurtaño
te remueve la entraña?
¿A quién o a qué vacío
se dirige tu anhelo,
tu oscuro corazón?
¿Por qué gimes, qué husmeas, que avizoras?
¿Husmeas, di, la muerte?
¿Aúllas a la muerte,
proyectada, cual otro can famélico,
detrás de mí, de tu amo?
Ay, Pizca,
tu terror es quizá sólo el del hombre
que el bieldo enarbolaba,
o el horror a la fiera
más potente que tú.
Tú, sí, Pizca; tal vez lloras por eso.
Yo, no.

Lo que yo siento es
un horror inicial de nebulosa;
o ese espanto al vacío,
cuando el ser se disuelve, esa amargura
del astro que se enfría entre lumbresas
más jóvenes, con frío sideral,
con ese frío que termina
en la primera noche, aún no creada;
o esa verdosa angustia del cometa
que, antorcha aún, como oprimida antorcha,
invariablemente, indefinidamente,
cae,
pidiendo destrucción, ansiando choque.
Ah, sí, que es más horrible
infinito caer sin dar en nada,
sin nada en que chocar. Oh viaje negro,
oh poza del espanto:
y, cayendo, caer y caer siempre.

Las sombras que yo veo tras nosotros,
tras ti, Pizca, tras mí,
por las que estoy llorando,
ya ves, no tienen nombre:
son la tristeza original,
son la amargura
primera,
son el terror oscuro,
ese espanto en la entraña
de todo lo que existe
(entre dos noches, entre dos simas, entre dos mares),
de ti, de mí, de todo.
No tienen, Pizca, nombre, no; no tienen nombre.

«Muerte de un perro», de Francisco Brines

El poeta valenciano publicó en 1966 el poema «Muerte de un perro» que forma parte de su libro *Palabras a la oscuridad*. El poema arranca del recuerdo de un hecho concreto de gran violencia como es la muerte de un perro a manos de un grupo de muchachos. Ante hechos de esta naturaleza recaídos sobre un perro que, como venimos diciendo, es una suerte de ‘compañero’ del ser humano en la aventura de la vida desde hace miles de años, son muy pocos los que sienten indiferencia. Lo diré sin ambages, es un acto gravísimo en una doble dirección: en cuanto priva gratuitamente de su vida a un animal, sobre el que tenemos responsabilidad y obligaciones legales, éticas y morales, y en cuanto nos rebaja moralmente en la escala evolutiva como especie superior. También, puede decirse, es de doble dirección el sentido apuntado en el poema ya que, de una parte, da cuenta de la horrible muerte del animal, con detalles incluso, al tiempo que vierte en una identificación con el mismo toda su idea de la muerte, todo el terror que tiene al vacío y todo el dolor que le provoca. De modo que este episodio recordado en el poema es la ocasión que nos permite conocer la estrecha comunión que frente a la muerte siente un ser humano con un perro y la grave reflexión final sobre el terror al vacío que los ojos del animal, como los de los humanos, sienten:

MUERTE DE UN PERRO

A Jacobo Muñoz

LLEGANDO a la ciudad
pude ver que asaltaban los muchachos al perro
y le obligaban, confundidos los gritos y el aullido, a deshacer
el nudo con el cuerpo del otro,
y la carrera loca contra el muro,
y la piedra terrible contra el cráneo,
y muchas piedras más.
Y vuelvo a ver aquel girar
de súbito, todo el espanto de su cuerpo,
su vértigo al correr,
su vida rebosando de aquel cuerpo flexible,
su vida que escapaba por los abiertos ojos,
cada vez más abiertos
porque la muerte le obligaba, con su prisa iracunda,
a desertar de dentro tanta sustancia por vivir,
y por el ojo sólo tenía la salida;
porque no había luz,
porque sólo llegaba tenebrosa la sombra.

Allí entre los desechos
de aquel muro de inhóspito arrabal
quedó tendido el perro;
y ahora recuerdo su cabeza yerta
con angustia imprevista:
reflejaban sus ojos, igual que los humanos,
el terror al vacío.

Claro está que la muerte de un perro también puede verse desde otra perspectiva bien contraria, la de quien asiste a la muerte natural de su perro y, con gran dolor y tono elegíaco, levanta un poema en el que se reflexiona sobre asunto tan grave como el de la vida después de la muerte y en la

posibilidad de una vida en ese otro mundo también para los perros en par de igualdad. No otra cosa hace Miguel de Unamuno, en el poema citado más arriba, quien levanta una larga reflexión en posición par de su perro, como digo, simulando ser una suerte de dios para el animal, lo que supone conciencia de la necesidad que el mismo siente de la existencia divina al tiempo que la mostración de una duda irresuelta.

«Señor y perro», de Antonio Carvajal

«Señor y perro», poema de título pictórico en dos extensas partes, es ciertamente, según Antonio Carvajal, «un poema desolado con citas expresas o camufladas del *Libro de Job* traducido por Fray Luis de León y recuerdos del García Lorca más triste» (Carvajal, 1994: 11). Es una poética reflexión desnuda acerca de la miserable naturaleza y condición humanas. El yo poético reacciona vivamente al ver a un viejo definitivamente vencido con un perro pequeño entre los pies que, con idéntica mirada, dirigen sus ojos al transeúnte que, para combatir tal grado de turbación, imagina a otro señor, éste joven, y a otro perro, éste feliz, imagen que le resulta difícil mantener ante el recuerdo imborrable y constante de aquella doble y en esencia única mirada, mirada que le adelanta su porvenir de hombre desolado y vencido. La segunda parte, no menos desoladora que la anterior, en la que el transeúnte es adoptado por un perro que lo sigue sabedor de su radical soledad, es una estremecedora reflexión poética sobre la radical soledad del ser humano, al que no le sirven los amigos de ocasión ni mirar hacia un cielo negado. El poema pertenece a su libro *Testimonio de invierno*, de 1990, con el que Carvajal obtuvo el premio de la Crítica, un libro que marca el comienzo de una etapa caracterizada por una poesía meditativa y de mayor sobriedad expresiva que la que inaugurara con *Tigres en el jardín* en 1968. Dice así:

SEÑOR Y PERRO

1

Se le vio una mañana, entre columnas
altas, de piedra gris casi hospiciano,
sentado en el peldaño, contra el quicio
la curva espalda puesta: viejo, fofo,
con un perro pequeño entre los pies.

Miraban
el perro y su señor con una misma
mirada al transeúnte que, un instante,
sintió en su pecho un malestar sin nombre.
Y para conjurar aquella extraña
desazón, su atropellado pensamiento
se entregó a desnudar de aquella carne
blanda, de aquel humor tan lacrimoso,
de aquellas manchas -tierra anticipada-,
aquel cuerpo vencido, aquellos ojos
turbios, aquella piel floja y pajiza.

Vio un cuerpo en luz arder, gozar, crecerse,
y un perro saltarín correr, ladrar
a mariposas ágiles, a pájaros
leves, a los ruidillos de la brisa.

Y junto al cuerpo joven, otro cuerpo
no formulado aún -la primavera
sólo apunta los frutos, no los brinda-.
Y oyó un gemido, un gozo, otra palabra
de media voz entre dos voces.

Pero

el viejo estaba entre columnas, casi
sin movimiento, un perro entre sus pies,
como desolación allí arrojada.
Y el transeúnte recordó:

El hombre es nada,

*muy hijo de mujer, muy corto en vida,
muy lleno de miseria amontonada.
Es flor que apenas nace, y ya es cogida;
es sombra que camina, y se apresura
en manera ninguna detenida.*

Y siguió su camino a sus afanes,
sin mirar hacia atrás. Pero sabía
que lo miraba el perro, entre las piernas
de su señor tendido, y lo miraba
tal vez su porvenir, su propio cuerpo
mañana así también, también vencido.

2

A José Gutiérrez Bermúdez

No tuvo que esperar ese mañana.
Un perro desvalido
lo adoptó: lo seguía, lo sabía
denso de vida, pero solo. Y fueron
dos cuerpos y dos voces y un gemido.

Porque su cuerpo no era fuerte. Andaba
por su jardín cerrado, con los altos
cipreses, las columnas oreadas
por la brisa de otoño, las estatuas
desnudas y, en el fondo, allí, la casa
blanca, de líneas puras, integrada
como luz y volumen al paisaje.

Podía ser otoño, pero era
un día gris de primavera, acaso
de un invierno tardío. Paseaba
por su jardín cerrado y un amigo
le hubo dejado sobre el cuello y entre
los hombros una mano, su caricia
como una rata que otra sombra acecha.
Ratas de la penumbra, los amigos
de la ocasión, del trato, de la clase
social que él delataba con su atuendo,
tan integrado en luces de aquel día
—podía ser de primavera, acaso
la soledad era de siempre, nunca
la soledad sabe de fechas-.

Y lloraba. Y sus lágrimas tiñéronse
de su bigote y de su traje y eran
lluvia de cieno blando en la cabeza
de su perro adoptivo.

Una mirada

de paseante oculto de jardines
lo sorprendió, los ojos dilatados,
las mejillas caídas y una luz
viva sólo en el ojo de su perro.
Y supo que es peor la soledad
que la muerte. Peor la soledad
que la muerte. Porque el hombre,
en muriendo, se acabó.
Pero la soledad no da descanso,
deja que ardan los cuerpos sin sentido,
deja que el alma se agrie, deja el alma
como un papel al capricho del viento,
y en su vaivén la lleva desde el suelo
hacia un cielo negado, y la abandona
en un rincón inerte, sucia, expuesta
al paso de los días sin clemencia.

Para terminar

Tras la lectura de estos poemas, se comprenderá ya más cabalmente la razón del título de estas páginas, así como el importante papel que juega el referente de ese gran animal que es el perro a la hora de pensar los asuntos de mayor gravedad que nos preocupan como seres humanos. El perro es un animal de gran poder de simbolización y, tal como se ha podido comprobar, llega a servir de espejo en el que la voz poética logra proyectarse, de modo que cuando se habla de perros en poesía, al menos en las muestras que he seleccionado, se habla de algo bien distinto a ese animal nuestro, es decir, se habla de la conciencia humana en toda su amplitud y complejidad, lo que demuestra cuán importante es en nuestra cultura la figura del perro capaz de simbolizar lo más alto y lo más bajo de la misma.

Bibliografía

- ALEIXANDRE, V. (1965): *Retratos con nombre*. En *Obras completas. Volumen I. Poesía (1924-1967)*. Madrid, Aguilar, 1977², pp. 1059-1060.
- ALONSO, D. (1944): *Oscura noticia*. En *Oscura noticia / Hombre y Dios* (edición de Antonio Chicharro Chamorro). Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1991.
- (1944): *Hijos de la ira* (edición de Miguel J. Flys). Madrid, Castalia, 1989.
- BRINES, F. (1966): *Palabras a la oscuridad*. Madrid, Ínsula.
- CARVAJAL, A. (1990): *Testimonio de invierno*. Madrid, Hiperión.
- (1994): «Noticia de los poemas», *Ciudades de provincia*. Jaén, Diputación Provincial de Jaén, pp. 7-11.
- CIRLOT, J. E. (1968): *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Lábora, 1992⁹, p. 359.
- GARCÍA, M. (2007): *Poemas para perros*. Sevilla, Point de Lunettes.
- GARCÍA LORCA, F. (1984), «Soneto de la dulce queja». En «Lorca: Sonetos», *ABC*, Madrid, 17 de marzo de 1984, p. 46.
- MARÍN A. BEYTUA, D., ed. (2007): *Vida de perros. Poemas perrunos*. Logroño, Editorial Buscarini.

MESTRE, J. C. (2008): *La casa roja*. Madrid, Calambur Editorial.

ROSAL, M. (2007): *Síntomas de la devastación*. Sevilla, Algaida Editores.

TALENS, J. (2006): *Luz de intemperie. Antología personal*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

UNAMUNO, M. de (1907): *Poesías*. Madrid, Cátedra, 1997 (edición de Manuel Alvar).

TROPELIÁS